

CRIACUERVO

ORLANDO ECHEVERRI BENEDETTI*

EDITORIAL ANGOSTA,
MEDELLÍN, 2017, 211 P.

Ricardo Carpio Franco¹

* **Cómo citar esta reseña:** Carpio Franco, R. (2020). Reseña del libro *Criacuervo* de Orlando Echeverri Benedetti. *Estudios de Literatura Colombiana* 47, pp. 241-243. DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n47a14>

¹ <https://orcid.org/0000-0002-0421-700X>
ricardocarpiof@gmail.com
Universidad de Cartagena, Colombia

Orlando Echeverri Benedetti nació en Cartagena de Indias en 1980 y hace algunos años emprendió un viaje que le ha permitido vivir entre Argentina, Alemania, el sur de Asia y otros destinos a los que lo han llevado el azar o el deseo. Este hecho cobra relevancia si uno se atreve a salvar las precauciones sobre la incidencia de la biografía de un autor en la gestación de su obra. No solo porque los protagonistas de *Criacuervo*, la segunda novela de Echeverri, se ven abocados a alejarse de lo que han sido para encontrarse a sí mismos, sino porque se trata de extranjeros cuya existencia solamente ha sido posible gracias al acervo cultural que permite atesorar un viaje con muchas paradas.

Otra particularidad de estos personajes yace en que, sin estar sujetos a un destino trágico trazado a regla por los dioses, constantemente se ven empujados a la separación y —cada uno a su manera— a cierto tipo de callejón sin salida. La comunicación profunda entre los seres es inviabile, parece decirnos el libro. Todo es vano. Todo, el afecto, el éxito profesional, los lazos familiares, el

Editores: Andrés Vergara Aguirre, Christian Benavides Martínez, Valentina Noreña Gómez

Recibido: 18.01.2020

Aprobado: 09.05.2020

Publicado: 23.06.2020

Copyright: ©2020 *Estudios de Literatura Colombiana*. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la [Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)



rollo entero de la existencia es un simulacro cuyo único sentido consiste en hacer que nos reconciliemos con el fracaso.

La temprana pérdida de los padres, tanto en el tiempo del relato como en la vida de los protagonistas, es el evento que detona la acción narrativa. Desde un principio, la orfandad y el desarraigo marcarán a fuego el futuro de los hermanos Zweig. En su adolescencia, Klaus se refugia en el bandidaje, mientras Adler ve en la natación una buena fórmula de escape. Sin embargo, la sensación de hallarse fuera de lugar termina por distanciarlos durante más de diez años. En adelante, *Criacuervo* se alimenta de la tensión generada entre el aislamiento en que viven los personajes y la esperanza que nace con su inminente reencuentro.

En este sentido, la novela proyecta una serie de motivos recurrentes sobre los cuales se va delineando el *pathos* de una nueva y más profunda forma de exclusión: la que se impone el hombre que no halla refugio en los valores y las opciones de realización que le ofrece su propia cultura. No en vano los puntos de quiebre en sus vidas se dan justamente en dos lugares que podrían ser metáforas perfectas de la soledad y el abandono: las frías calles de Berlín en el corazón del invierno y Criacuervo, un pueblo abandonado en la costa de la Guajira colombiana. Siguiendo este orden de ideas, no es menos significativo el hecho de que tanto Anna Baumann, la mujer que los cuidaba cuando eran niños, como Abelard Zweig, el abuelo que se hizo cargo de su custodia, hayan sucumbido al alzhéimer y a otros estragos de la vejez sobre la memoria. Tampoco es una simple coincidencia el que su madre fuera una gitana a quien ningún amigo ni familiar acompañó en su funeral.

Conviene insistir en que, sin lugar a dudas, uno de los aspectos más llamativos del libro tiene que ver con el origen de los personajes. La primera novela de Echeverri Benedetti, *Sin freno por la senda equivocada* (2015), se teje en torno a la extraña muerte de un guionista norteamericano en Cartagena, razón por la cual resulta fácil adivinar cierta fascinación del autor por el tipo de trastocamiento que se da cuando nos observamos a través de los ojos de quienes pertenecen a culturas ajenas o distantes. Tal afirmación no pretende negar la larga historia de relaciones culturales entre el mundo en que se ubica el desierto de Criacuervo y el lugar del que provienen quienes protagonizan allí gran parte de la historia. Lo que quiere resaltar es la importancia del cambio de perspectiva y las decisiones creativas que deben tomarse, unas veces con mayor fortuna que otras.

Sin embargo, más allá de lo novedosa que resulte esta manera de focalizar la historia (un narrador omnisciente que no siempre logra ser neutral en su registro), nuestra relación literaria con el otro europeo o norteamericano es todo menos nueva. Ya sea que se piense en los notables ejemplos que ofrecen Borges, Carpentier, Bolaño, Vázquez o Volpi, en todo caso nos encontramos con que los personajes foráneos que trasiegan por territorio nuestro no son ya ninguna rareza. Podría decirse, sin temor a exagerar, que estos personajes son el contrapeso cabal del exiliado nuestro en territorio europeo o norteamericano: un tipo de relato inverso hacia los despeñaderos del ser desde el bienestar material al que aspiran quienes, en vía contraria, emprenden las rutas al “primer mundo”.

Según declara el autor en alguna de las entrevistas que acompañaron la aparición de *Criacuervo*, le gusta la idea de mostrar su propia realidad bajo el extrañamiento que puede representar para alguien que la mira con ojos nuevos. No obstante, en esta novela la cuestión va mucho más allá, pues al menos la mitad del relato desarrolla los conflictos existenciales de un hombre alemán para quien la alusión a un lugar llamado Criacuervo apenas si lo remite a referencias topográficas sobre un desierto más bien genérico: “el desierto”, ese laberinto en el que es tan fácil perderse.

Así las cosas, resulta viable decir que en realidad estamos ante el reflejo de una mirada marginal que se anima a apreciar, desde otra perspectiva, una cultura que no le pertenece. ¿Qué puede haber más cercano a la descripción de un escritor sino el ejercicio de conquistar por medio de la palabra lo que no puede asirse de otra manera? Este ejercicio no está lejos del realizado por los cronistas de Indias en el Nuevo Mundo. La diferencia fundamental, sin embargo, está en la forma como se pretende asimilar o construir la figura del otro. El cronista siempre habla del otro desde afuera (y, si se quiere, desde arriba). El novelista, por su parte, aunque no recurre en ningún momento a la primera persona gramatical, se vale de las licencias de la ficción para tratar de adentrarse en el otro y hablar sobre él desde una focalización centrada en su particular perspectiva, desde su mismidad, si se acepta aquí el uso del término.

Criacuervo emprende así una ardua exploración de algunos temas centrales de nuestro tiempo: la incomunicación, las formas de violencia física y simbólica que acosan al sujeto contemporáneo, el vínculo entre los individuos de una cultura y los (no)lugares donde deciden perderse buscándose a sí mismos.